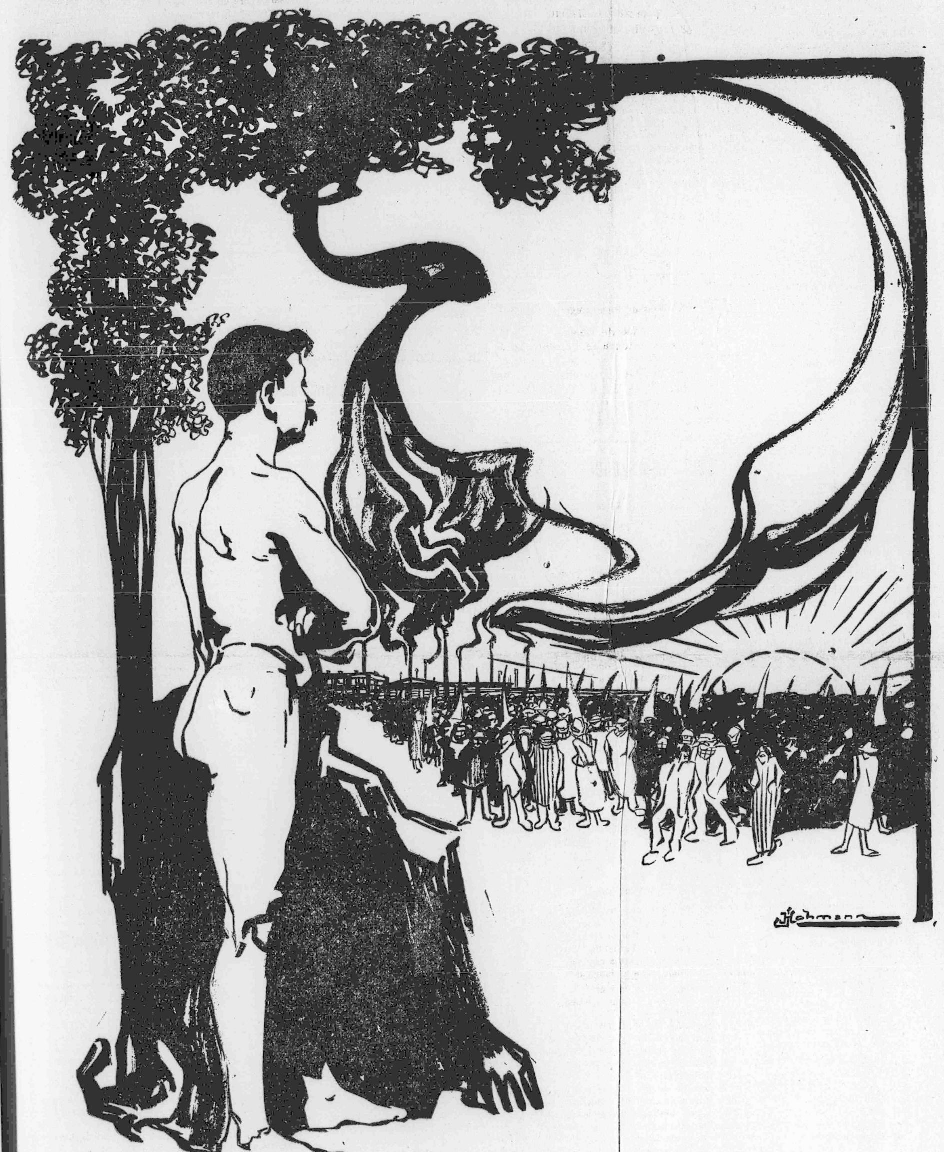
Año XVII Buenos Aires, JUEVES 1°. de MAYO de 1913 Núm 1981

PORTE PAGO

LA PROTESTA

1°. DE MAYO



El sol que nace, las sombras que huyen. Quedan en el azul restos de humo, flotando en espirales abiertas. Se ve una laguna de cielo, azul, purísimo.... De abajo, por el lado del puerto, una multitud andrajosa surje crepitante. Hombres que marchan como a la salida de la fábrica, con las manos rudas sepultadas, ociosas, en los anchos bolsillos. Rostros apenas abocetados, pechos robustos. Se ven algunas mujeres, la silueta gibada....

Atrás, en el fondo, en la sombra aún no descorrida del puerto, algunas velas ponen una mancha clara. Parecen alas o parecen lenguas o parecen gritos....

¿Gritos? Sí, son gritos, vítores, extrañas palabras. Suben, ascienden, como las floras del polo hasta las montañas del trópico; allí se quedan, soñando, abriendo flores. El cuadro entero era un carbón y se ha descubierto una faceta brillante. ¡Es el diamante, compañeros, es la preciosa piedra que había en ese carbón tan negro! Y con ojos nuevos contempla el hombre visión tan nueva..... Es sólo una arista y su corazón ya se florece! Comprende ya los gritos, ve ya un futuro más noble: otro sol, otras luces, otra cumbre, otro reverdecer, era aurora.

Irá hacia ella. Irá, Irá. Ya está en sus labios la palabra de reunión:

—¡Compañeros!

«¿Salud, oh tiempos, en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy sofocan con la muerte.»

Estas palabras pronunciadas por un hombre que estaba a la vera del abismo impenetrable de la muerte, encerraban una profecía certera y una dura verdad que ni la violencia brutal de la horca, en el momento en que fueron pronunciadas, ni después la obra demoledora del tiempo han podido destruir.

La memoria de los héroes sacrificados en holocausto del insaciable Moloch moderno, que es el Capital, en aquel inolvidable y solemne 11 de Noviembre, aportó consigo el 1° de Mayo, día que los trabajadores del mundo convinieron en dedicar anualmente a la protesta contra todas las tiranías que desde el fondo de los siglos vienen gravitando sobre las espaldas de la humanidad dolorida...

Por eso las sombras silenciosas de los ajusticiados, de los hermanos caídos en la demanda, en aquella aurora trágica de la revolución, volverán hoy, en el nuevo aniversario, a presidir las reuniones y las manifestaciones en que el proletariado rumoreará, en medio del silencio de las grandes urbes paralizadas, sus eternas aspiraciones de libertad y de bienestar.

¡Salud, sombras queridas!

***

Día de homenaje, de protesta y de ensayo de fuerzas es este, pues.... De homenaje a las víctimas del pueblo, a todas las víctimas, desde las estirpes esclavas de la antigüedad hasta las de las dolientes muchedumbres asalariadas de hoy; de protesta contra el régimen que obligó a aquellos hermanos nuestros a sellar con su sangre roja, plena de savias robustas, todas las conquistas del progreso y que apesar de todos los dictados de la experiencia y de la ciencia se obstina aun en la injusticia secular de mantener el patrimonio social y la libertad de las mayorías en manos de unos pocos; y de ensayo, por fin, de las fuerzas revolucionarias del trabajo que en día no lejano, extendiendo e intensificando su radio de acción, han de llevarnos a la necesaria e ineludible guerra social.

***

Deténganse hoy el estridor violento de la industria, acállense las fábricas, esas grandes surgentes de la producción, en cuyo seno hormiguean dantescamente las muchedumbres oscuras y dolientes que todo lo producen, para no recibir en pago otra cosa que el dolor y la angustia en que se desarrollan sus vidas miserandas. Que dejen de cantar las máquinas su monstruosa canción que parece que pidiera siempre sangre humana.... Que no se mueva ni una brizna en las ciudades y que también allá, en los campos, nuestros hermanos eternamente inclinados sobre la tierra madrastra, a la cual arrancan penosamente los ópimos frutos que otros han de consumir, en cambio de su mal pan, claven las rejas, abandonen los útiles de labranza y que liberten a los pobres bueyes, que son como un símbolo viviente de la tristeza y de la sumisión en que hasta ahora han padecido.

¡Con la vista fija en la aurora, cantemos al porvenir!

Hoy es 1°. de Mayo.

LA PROTESTA

1° de Mayo de 1909

Toda la gigante obra material del siglo, lleva el bautizo de la sangre proletaria. El andamio que cae, la máquina que destroza, la mina que sepulta entre escombros centenares de vidas,.. doquier la sangre de los eternos galeotos del trabajo, siempre abundante y barata, cimentando la riqueza agena, construyendo la felicidad de los dichosos.

Pero no sólo la obra material del mundo ha sido fecundada con su sangre. También el progreso de las ideas ha sido regado con sangre obrera. Y no sin motivo entonces, la sangre se ha hecho a través del tiempo y del dolor, luz y bandera, pensamiento y acción, ideal y sacrificio. Chicago, Montjuich, Alcalá, Sicilia, Milán, Moscou y... ¡Buenos Aires...!

Pronto no habrá quedado un lugar en la Tierra, donde no se marque con un jalón sangriento la historia de las reivindicaciones proletarias.

Y detrás de las dolientes multitudes asesinadas por la fusilería de los soldados, la figura trágica de algún vengador...

Y la ley del Talión, continúa y continuará, nadie sabe hasta cuando, presidiendo soberana, absoluta, en esta guerra de clases que transformará el mundo, los destinos de la sociedad humana.

Bien hacéis hermanos del taller y de la fábrica, rudos pero sinceros poetas de la utopía libertaria, en dedicar esta fecha para recordar hechos, hombres e ideas, que tanto

F. O. R. A. Mitin del 1. de Mayo. Concentración de las columnas: Plaza Costitución a las 3. Llegada: Plaza Colón (entre Belgrano y Moreno) a las 4

honran la acción libertadora de los asalariados del mundo entero. Vuestra fe y vuestro ardor al pregonar en este día, al aire libre, la fuerza evangelizadora del ideal anarquista, levante el espìritu de los cansados y ensanche de valor y de esperanza el corazón de los vencidos en todas las filas obreras.

Pero no olvidemos hermanos, antes de dirigir nuestros ojos hacia el oriente del futuro, de consagrar un recuerdo fraterno a aquéllos que en este mismo día, y en esta misma ciudad cayeron en la vía pública, bajo las balas o el machete del cosaco policial. Esos no cuentan en Buenos Aires con *sociedades de desagravio a la cultura*, que les erijan monumentos allí donde regaron el suelo con su sangre, que pongan su nombre a las calles de esta capital, o que, lleven, siquiera, un ramo de flores a sus tumbas de parias y una lágrima de condolencia a sus pobres deudos.

Esos no tienen más altar que el que nuestro recuerdo hondamente afectuoso, les erije en nuestro corazón de luchadores.

Y para ser consecuentes, tampoco olvidemos al héroe, hermanos.

Julio R. Barcos

Mi artículo de Primero de Mayo

¿Qué es vivir libres, compañeros? ¿Qué es disfrutar de los derechos que los otros hombres tienen? ¿Qué es no tener dolores de qué dolernos ni opresionss de qué oprimirnos? ¿Qué es tener aire, espacio, anchura, luz esplendorosa y meridiana, camino abierto, libre accesión al llano o la montaña? ¿Qué es soñar, estudiar, ir con los que sueñan y con los que estudian a compartir, dichosos, el sueño o el descubrimiento de la víspera? ¿Qué es, no matando, no robando, amando la vida de los otros como la vida nuestra, repudiando el vicio, practicando la austeridad de costumbres, haciendo de la Idea un manantial del ascetismo que es, siempre, una reserva de caracter: tener paz, pasar sin ser notados, como el oscuro obrero o la abeja innominada? ¿Qué es vivir tranquilos o sin más agitación que la que cada uno quiera procurarse con sus afanes? ¿Qué es, no siendo deshonradores de los hombres por nuestras bajezas, sino más bien sus honradores por muchos conceptos, ser libres de permanecer en la tierra de elección, en el ambiente que nos formó y que completamos y del que no puede desprendérsenos sin cometer un acto contra él? ¿Qué es, en la relatividad de los derechos burgueses, derechos que consagran la explotación, pero garantían al explotado no más exacción que la del burgués y los necesarios impuestos, quedando libre para entrar y salir, publicar opiniones por la prensa, permanecer y transitar sin ser molestado: què es, en la república argentina, iniciada con tan seductores auspicios, todo lo que hemos mencionado? ¿Qué es que un obrero corte una pluma y no caiga sobre él un genízaro? ¿Qué es la correspondencia? ¿Qué es la medida común, el rasero común, la medida de todos?

¡De nada de ésto nos acordamos, en la actual hora de sombra y de eclipse! Nuestras conciencias visten luto. Nuestra libertad, el poco que se nos dejò después que cada «interés creado» metió la mano hasta el brazo, marcha a la comisaría entre dos gendarmes. Todo ha sido recobrado, en una forma o en otra, por las clases dominantes: hasta lo que dejaron por sobra y hasta lo que dejaron por migaja. Nuestra prensa la lee el juez federal, pero no para hacer la crítica, para apreciar el esfuerzo de nuestra labor de obreros, trazando el esquema de un mundo más justo, sino para distribuir mil años de cárcel entre los que la escriben! Vivimos sin derechos conocidos. Por todos lados nos acecha la fatalidad y nos golpea sin avisarnos. Ni aún sabemos si el día de mañana podremos decir estas cosas, si no estaremos en el pretorio respondiendo como Cristo: qué es la verdad?: «nosotros!», puesto que somos la verdad de mañana y la de pasado mañana, la verdad nueva que se abre paso por entre la verdad vieja, retorcida por la abertura!

Ah! vivir para ser libres, libres relativamente, para tener libertad de acción y libertad de conciencia, cuando menos, o morir para dejar de ser esclavos, como el mártir mejicano!

Tal es la situación de nuestro espíritu en este Primero de Mayo. Y nuestro espíritu, el de la falange inmensa de los proletarios, el de los vengadores que se hacen cargo de la libertad retirada o no medida con una medida igual a todos los que tienen derecho, no es en ninguna manera perverso.

Decir que somos anarquistas no es decir nada, como tampoco lo fué decir: «es galileo». No hay anarquistas ni galileos para la libertad. El anarquista y el galileo son una verdad diferente. El anarquista es una verdad nueva. Somos una verdad nueva que se abre paso por entre la verdad vieja! Hemos quedado sin derecho, pero no sin fuerza para encontrar el acto que nos sintetice. Este acto es la rebelión constante, la inapagable llama de la afirmación y de la protesta. Hoy Primero de Mayo, no van las caravanas nuestras a celebrar ningún tedeum socialista. Van a la protesta, como Cristo a la predicación! Y de allí al pretorio, si es preciso, por haces, o paja a paja, a aumentar la montaña, a hacer de la anarquia una verdad ennoblecida por el sacrificio, a anticipar la nobleza que esta palabra tendrá mañana, como la palabra galileo: «anarquista!»

Los intereses del momento no podrán oponerse a los intereses aún increados de la humanidad futura. Pero cuesta tanto abrir el boquete, que teniendo un recuerdo impreciso de lo que eso sería,—como el recuerdo de un sueño,—pensamos con tristeza qué hubiera sido si, existiendo libertad de conciencia y libertad de acción, el mundo nuevo pudiera haber sido aproximado sin derramamiento de sangre, sin derramamiento de lágrimas....

Este era nuestro sueño de adolescentes, un sueño de una belleza infinita....

T. Antilli

El óbolo de la mujer

La mujer es la constructora de las generaciones. Es nuestra asociada más importante en la obra de regeneración que perseguimos. Su aporte, en la educación de los hijos, marca por siempre a estos, con la modeladura llena amor de su primer sèr íntimo.

La compañera del proletario será la fuerza del proletario, así que deje de ser el instrumento de prejuicio que éste mira, a veces con indiferencia.

Su óbolo debe estar al lado del nuestro. Con un criterio completo y formado, la mujer será una verdadera compañera. El simple balbuceo de esta hermana menor es ya una causa de aproximación tan poderosa como el prìmer gesto que indica que nos comprende el niño, esa florecita rosada, dotada para mayor alegría de inteligencia y razonamiento y en quien no deja de impresionar la conciencia que despierta...

Leed compañeros y compañeras, las sencillas lineas de mujeres que van a continuación; leedlas sin hacer crítica; leedlas como leeis en el niño el primer gesto que indica que comprende; leedlas para levantar a la mujer y no para aplastarla; leedlas no con indeferencia, como acaso miràis todo lo que se refiere a la mujer, sino con la curiosidad de descubrir a vuestro lado un ser nuevo, ignorado talvéz, que comprende vuestra obra y la ama como vosotros mismos. Haceos de esta asociada. No despreciéis su cooperación.

LA PROTESTA

—

MI OBOLO

A la mujer

Siempre oigo decir que la mujer es tan libre como el hombre, pero ni aproximadamente es así.

La mujer debe ser compañera del hombre, no su esclava. Ha de mirar éste, al fundar un hogar, de encauzar a su compañera, pero no con sermones inútiles sino con el ejemplo, poniendo en sus manos el libro, el periódico, el folleto, acompañándola a veladas y conferencias, haciendo de ella una mujer capacitada y conciente que puede enseñar a sus hijos desde la cuna a ser fuertes y valerosos para la conquista de la libertad.

Si por lo contrario, el compañero se emborracha y olvida su casa, no llevando a ella lo necesario; si olvida a su compañera por el café o las diversiones, resultará que se perpetuará el mal y en lugar de que la humanidad progrese, progresando la mujer, se hará crónico el mal, la mentira y el error.

Si en el hogar de un despreocupado de él, de su compañera y de sus hijos, se compra un regalo al nene, la madre temerosa, que cree que todo acto exclusivo de ella es una falta al marido, al dar la golosina al niño le dice: «toma, pero no digas nada a papá si no te pego» Si la mujer sale a la calle, se repite la cantinela; «no digas nada a papá.» Y en la casa sienta sus reales la mentira; los nenes van creciendo en ese ambiente ilógico, odiando al padre a fuerza de oir los temores de la madre y llegado el día que los hijos ganan un peso son tiranos de la casa como consecuencia del arraigo en ellos de la mentira.

En cambio, si esta madre cría a sus hijos en el amor de la libertad y el bien que de su compañero aprende, su alegría será inmensa al llegar el momento en que esos niños, hombres libres, formen en la gran falange libertaria dueña del mundo.

Si las mujeres desecharan tantas preocupaciones como tienen y no pensaran sino en hacer bien a sus hijos, no inculcando en sus tiernas cabecitas los fantasmas de la religiòn del *padre*, etc-, se haría una humanidad libre donde reinara el amor y la alegría.

Compañeras, mujeres todas: a la lucha, pues, que con nuestro esfuerzo veremos amanecer el día de la libertad, el sol de la anarquía.

Compañeras: luchemos por la emancipación de nosotras mismas.

Caridad Alcou

Buenos Aires, Abril 10 de 1913.

—

De la propaganda

—

En todas las épocas, la divulgación de una teoría -o de ideas anheladas por un núcleo de hombres—se ha hecho por la propaganda escrita y oral. El libro y el orador, cuando son verdaderos porta-voces, cumplen una gran misión: colaborar a su acción es complementar su obra y este es un deber ineludible de toda persona sincera.

La propaganda oral es de un límite circunscripto para aquellas teorías que, a pesar de inspirarse en un grandioso ideal, están fuera del ambiente común. Tiene que ser hecha a un número reducido de individuos; sus resultados, sin embargo, no dejan de ser eficaces. El orador puede, en un momento dado, centralizar la atención de su público, y así vemos que al aparecer se produce un movimiento de expectación, reconcentrando en él la atención unánime del auditorio—momento decisivo, casi solemne en que el orador experto, al comenzar su oratoria, establece entre el pùblico y él cierta corriente de simpatía que mantiene al auditorio pèndiente de su disertación, dentro del cual, con sencillez, sin prosopeya ni afectación, sólo le resta formar ambiente propicio, ambiente que influirá en el ánimo de los que escuchan para dejar en muchos de ellos cimentadas, de firme, las ideas que expone.

Entre las diversas teorías en lucha—sobre todo en las grandes poblaciones, donde un mundo hetereogéneo se agita, donde la casi totalidad de los individuos no se preocupa de idea alguna y sólo despierta de su indiferencia cuando la casualidad los lleva a uno u otro centro donde se debaten ideas—la facilidad del orador de la iglesia católica es innegable, con la magestuosidad del templo, con la pompa de su oro, sus flores, su incienso y su música; con el conjunto escénico de magestad y misterio que forma un ambiente propicio al orador que sin gran esfuerzo se impone, aunque toda esa fastuosidad sea un insulto al creador de su doctrina y aunque en la conciencia de todo hombre de razón esté la falsedad hipócrita de la teoría católica.

Otra cosa sucede con los revolucionarios, con los propagandistas de la Anarquía que carecen en absoluto de la facilidad del ambiente preparado, que están fuera del ambiente común y deben fiar únicamente en su esfuerzo intelectual y en las bondades del ideal que propagan. ¡Cuán grande es su obra, a pesar de la estrechez de su círculo de acción! Cuánta abnegación si se tienen en cuenta las escabrosidades de su senda!

Colaboremos con él, compañeras; formémosle ambiente, ensanchemos su acción con el aportamiento de hombres y mujeres que escuchen su palabra y cumpliremos así con un deber de anarquistas sinceras.

Amalia Bermeo

Auenos Aires, Abril de 1913.

Rendención y educación popular

Los compañeros que cifraban sus esperanzas de pronta rendención social en las incontrarrestables energías del proletariado, hace algún tiempo que se van llevando chasco tras chasco.

Estos compañeros, más entusiastas que avisados, juzgando el estado de ánimo de los demás por el suyo propio, creían al pueblo capaz de vivir en completa libertad y ansioso de hacerlo, capaz de romper todo yugo y en vísperas de realizarlo. Pero no hubo tal.

Existió un tiempo en que para el observador superficial, el entusiasmo de aquellos compañeros parecía justificado, por cuyo motivo se contagió hasta a compañeros más reflexivos. Fué antes del centenario. Entonces el pueblo nos seguía; no había duda. El entusiasmo era inmenso, y ninguna manifestación fué en Buenos Aires, ni antes ni después, tan numerosa como la del 8 de Mayo de 1910. Pero era fuego de paja.

El pueblo nos seguía, pero no porque hubiese adoptado nuestro sublime ideal y resuelto ponerlo en práctica: el pueblo nos seguía porque éramos los que más gritábamos, porque el gobierno parecía tenernos miedo y porque parecía que lo íbamos a llevar todo por delante. Era la eterna muchedumbre que sigue y aclama al vencedor.

Pero eso duró poco. Y cuando el enemigo, cansado de verse corrido con la vaina, hizo frente y se nos vino encima; en un momento nos encontramos arrollados, prisioneros o dispersos. ¿En dónde estaba el pueblo? Se había dispersado como una bandada de palomas al aproximarse el gavilán. Ya no éramos los vencedores y el pueblo nos había abandonado.

Después vinieron las persecusiones y los vergonzosos sucesos del centenario. Y el pueblo? Se hallaba boquiabierto mirando las fiestas, aunque de lejos, porque no lo dejaban acercarse.

Y vino la ley del voto obligatorio acompañada por medidas vejaorias (la libreta con el retrato y las impresiones digitales) y todos se enrolaron y fueron a sufragar. El pueblo se hizo radical. Ahora sigue a los socialistas. Mañana puede que nos llegue a nosotros otra vez nuestro cuarto dehora de favor popular. Y mañana o pasado elpueblo será quizás progresista o conservador Y es que el pueblo es inconciente, y como ta obra.

Y no es de extrañar que así sea. El proletariado se compone deindividuos en su gran mayoría rutinarios, incultos, llenos de prejuicios, con alma de esclavos y tendencias a oprimir. ¿Y con estas unidades tan inferiores se puede hacer un compuesto de calidad superior? Ni pensarlo.

No quiero decir con esto que sea el caso de abandonarlo todo. Al contrario, hay que luchar con ahinco y tesón, porque si no se hace, no sólo la humanidad no irá para adelante, sino que irá para atrás.

Desde que existen sees organizados sobre el planeta, dos tendencas se disputan el dominio del mundo: la pogresista y la retrógrada.

La primera, según lafrase de Bovio, lleva a la anarquía; la segunda lleva a la abyección del hombre y a lanegación de la vida.

Nosotros somos las fuerzas del progreso y el progreso en acción obrando sobre las instituciones y sobre los individuos.

Por esto nuestro objetivo no se reduce a dirigir las multitudes hacia la luz, desbaratando los siniestros planes de los retrógrados, que tratan de llevarlas al anonadamiento, y las tentativas de otros individuos que tratan de extraviarlas por sendas laterales, sino que debemos de contribuir eficazmente a la rendención y dignificación intelectual y moral de los individuos, para que mañana esas mismas muchedumbres que viéndonos vencidos nos abandonaron, puedan dirigirse y se dirijan ellas mismas, a la conquista del bienestar y de la libertad, sin necesidad de jefes ni guías.

Sin la capacitación individual no será nunca posible la regeneración de la humanidad. Es necesario cambiar la mentalidad del pueblo, que con la actual nada bueno se puede hacer. Y para eso hay muchos medios, todos conducentes: la propaganda, la acción gremial y revolucionaria, la educación y la instrucción.

Ahora bien, la cultura del propagandista y de los individuos a quienes se dirige, facilita y hace más provechosa la propaganda; alguna cultura y ciertos conocimientos son a veces útiles, a veces absolutamente necesarios, para la acción gremial o revolucionaria. Esparciendo conocimientos científicos en el pueblo y aumentando la cultura popular se aumenta el número y el poder de los hombres, que son factores determinantes en la titánica lucha en que estamos empeñados. No hay, pues, que descuidar la educación y la instrucción.

Pero como uno no puede hacer tantas cosas a la vez, es bueno que para cada cosa haya su organismo correspondiente.

Para la educación y la instrucción popular hay varias instituciones. Una de ellas es la Liga pro educación racionalista.

Esta asociación acaba de formular un extenso e interesante programa de acción: clases de literatura a domicilio para los que deseen perfeccionarse en el arte de escribir; escuela práctica de oradores y vulgarizaciones científicas.

Todos los que ven en la educación y en la instrucción un medio poderoso de perfeccionamiento individual que nos ha de acercar a la realización de nuestros anhelos de bienestar y libertad, deben de cooperar en esta obra en la medida de sus fuerzas y en la forma que crean más conveniente, para que el esfuerzo de los voluntarios no se malogre.

Hay que acordarse que la ignorancia y la inconciencia suelen andar de bracete, y que el pueblo inculto es pueblo esclavo.

Nuestro grito ha de ser el de Goethe en su agonía: ¡Luz, luz!

Blás Barri.

Por la carestía de la vida a la emancipación

A ratos, a ratos largos que suelen prolongarse semanas enteras, me invade el tedio, el desaliento, una dolorosa desesperanza.

Veo las multitudes uncidas al yugo con resignación de esclavos; veo los propagandistas minados, dormidos internamente en su envergadura de hombres por la ruindad, el odio, la envidia, las más absurdas vanidades y hasta impulsados por un logrerismo de arribistas, debatiéndose en insensata lucha de antagonismos, encontrando mutuamente malo unos lo de otros tan solo porque es de éste o aquel y no de ellos; veo a los elementos afines injuriar, mentir, retorcer intenciones y propósitos en estéril tarea de descréditos, encubierta con anhelos de unión de fuerzas que antes el encono separa más y más que aproxima.

Y veo a la policía ejercer la coacción moral y la represión inicua, y a los burgueses desparramar las energías de sus organismos bien cuidados en los improductivos deportes, a expensas de los asalariados.

¿Cuándo, cuándo concluirá todo esto? No encuentro el fin y me invade el desconsuelo....

El sentimiento, potente motor de acción, no lleva a los hombres más allá de la venganza, de la rebelión para castigar. Pero no logra tener fuerza destructiva de sistemas y organismos. A lo sumo quiebra vidas.

El interés se queda en los límites bancarios del tanto por ciento. Tanto por ciento de aumento en los jornales; tanto por ciento de disminución en los horarios.

Y como la tasa del descuento de los Bancos, el jornal y el horario suben y bajan al compás de la oferta y la demanda de brazos, no importa que haya de por medio sacrificios humanos, luchadores encarcelados y luchadores muertos en la contienda, en esa contienda más extensiva que intensa.

El gran interés, el interés de vida, no logra mover a los hombres. Reclamar el todo, reclamar el cese absoluto de toda explotación, no entra en los cerebros de los explotados, más que como una tesis de tribuna o periódico.

Las ideas nuevas no han llegado aún a tener fuerza motriz. Y es que las ideas necesitan convertirse en sentimientos para que la acción se realice, así como los sentimientos requieren transformarse en instintos para que sin deliberación alguna reobren sobre el organismo. Cuestión de tiempo, de siglos; penetración en las carnes; ahondamiento de huellas cerebrales; la médula impregnada por las ideas es lo que hace falta, lo que se requiere para que la acción ideológica sea.

Cosas aprendidas y aún no sentidas, no tienen todavía virtualidad, salvo en alguno que otro en quien se han encarnado hasta constituir parte integrante de su organismo; hasta ser él mismo.

Y surge como inmediata consecuencia el interrogante: ¿hasta cuándo?

Porque si ni los hechos con su fuerza irresistible, ni los hombres con su accionar voluntario y conciente, originan un cambio radical, no se ve, no es posible vislumbrar el beneficioso y proficuo fín del régimen capitalista.

Un hecho nuevo aparece en la economía sin embargo, con resplandores y destellos de aurora.

Un hecho que significa la bancarrota del capitalismo y que retorna la mente a los días en que fatídica se presentaba ante economistas y sociólogos la trágica ley de Malthus.

Desmentida, negada cien y mil veces, vuelve otra vez a surgir y no ya como una teoría, como especulación de un pensador, sino con todas las características de la realidad.

Ahora tiene hasta un nombre gráfico, un nombre que no tiene nada de teorización: **La carestía de la vida.**

Estamos posiblemente en el principio del fin.

Los gobiernos son impotentes para conjurar el mal. El capitalismo fracasa ante la escasez, ante una escasez que no puede remediar.

La producción de materias alimenticias es menor que la capacidad económica de consumo de los pueblos. Y una ley inflexible, la de la oferta y la demanda, hace que todo aumente de precio de un modo considerable, mermando asi esa capacidad económica de consumo y gestando el hambre.

En vano se procura la rebaja de impuestos. En vano se instalan ferias francas y cocinas económicas. La farmacopea burguesa no posee el remedio eficaz, el único remedio que puede solucionar el mal: la distribución racional de la riqueza y la sustitución del capitalismo por el trabajo fecundo.

Norte América rebajando las tarifas aduaneras para ciertos productos, contribuirá a que se agrave el problema en los demás países, facilitando la exportación de ellos, requerida por los especuladores yanquis, que han de estimar transitoria esa rebaja aduanera por los perjuicios que irrogará a los industriales y agricultores de los Estados Unidos y propicia por lo tanto para los acaparamientos con su consiguiente remuneración futura.

El problema es árduo, complejo, dentro del régimen actual. Sería necesario dedicar al cultivo y la ganadería nuevas extensiones de tierra, pero para ello es imprescindible emplear sumas enormes en vías de comunicación, en trabajos de irrigación, en saneamientos de terrenos improductivos. Y el capital no emprende tareas tan enormes porque la ganancia no es, ni aún con la actual carestía, lo suficiente remuneradora para invertir las sumas que demandan.

Es la bancarrota del capitalismo la que se avecina, y la sublevación de los trabajadores contra el hambre que ya se siente.

Solo el trabajo puede solucionar el problema. Millares de brazos desecando pantanos, abriendo caminos, cultivando leguas y leguas de páramos, convirtiendo los campos de caza de los grandes señores en tierras útiles.

Hoy cada obra de esas recarga el costo de los productos de una manera enorme. Lejos de los puertos, la agricultura no es negocío porque los fletes consumen su valor. Solamente el trabajo libre puede determinar el aumento de la producción sin recargos.

Sólo el trabajo libre puede solucionar el espantable problema de la *vida cara*.

Y así, como una esperanza placentera, vislúmbrase la posibilidad de la emancipación, que ni la humillante posición de los asalariados, ni la degradante opresión autoritaria, son suficientes a provocar en los sometidos, enfrascados en el tira y afloja del horario, el jornal y la engañosa reforma liberal de los políticos.

¡Bienvenida sea la liberadora carestía de la vida!

Eduardo G. Gilimón

Las Horcas

—

Voces que en esta hora
nos hablan de la Aurora,
hagan reverdecer el entusiasmo
dentro del corazón... Quien las escucha
así hondas y fuertes y siniestras,
sabe que son de lucha...
¡y sabe, sobre todo, que son nuestras!

Fag Libert

Abril 1913

La Ley Social y los anarquistas

Lay Ley que imbécilmente el gobierno argentino decretó bajo el título de Ley Social, ha constatado la fuerza anarquista que brota con todas sus bellezas de alta psicología en este último rincón del continente sudamericano.

Ha constatado y constata la fuerza anarquista, y no la destruye como es la intención de los que la sancionaron.

La gente que representa de gobierno en este país, no es inteligente, y confunde el anarquismo con instituciones que una ley puede cerrar, deshacer, destruir.

El gobierno, es decir, los susodichos «representantes», no ven su impotencia.

La Ley Social perjudica al mismo gobierno «en representación», pues, ataca el funcionamiento «normal» del capitalismo, y complica las relaciones de oferta y demanda en el intercambio de trabajo humano.

La huelga que espanta a los burgueses es, en el fondo, «conservadora», «equilibradora» y lleva en sí la transición hacia la sociedad de justicia que hoy apenas los grandes espíritus bosquejan.

Y el anarquismo es algo enormemente más grande que una huelga y que un balazo, e intangible a una ley sancionada por necios y vividores. El anarquismo es libertad, justicia y belleza. Es arte y es moral.

El anarquista es un crítico del presente.

Y ser anarquista, es tener sensibilidades superiores que chocan con las infamias del ambiente.

En el fondo de esa chusmera gritería de la prensa burguesa contra el Ideal y los idealistas hay una gran cantidad de envidia.

El anarquista crítico, destructor de los viejos valores, es un creador de otros valores más altos, más hermosos.

Pedro Maino

Magdalena Vernet

Ramiro de Maeztu.

LOS DOS HACENDADOS

En cierto país de América vivían dos hacendados inmensamente ricos cuyas propiedades vastísimas conlindaban. El uno cultivaba la caña de azúcar, el otro el café. Sus plantaciones eran soberbias y magnificamente cuidadas por esclavos negros.

La ley de aquel país prohibía a los amos de esclavos que vendieran las crías de sus negros y que se desembarazasen de sus servidores bajo pretexto de vejez. Al comprar un esclavo, el amo venía obligada a conservarlo hasta que muriese.—El dominio de cada colono formaba de esta suerte un pequeño Estado.

Pero sucedió que un día el hacendado del café y el hacendado de la caña de azúcar notaron que aumentaban siempre el personal que tenían que alimentar, sin obtener por esto más abundantes cosechas. Había, pues, exceso de gastos y disminución de beneficios. Los dos llegaron a estar pensativos.

***

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productos.

—De este modo, pensaba, cubriré la diferencia.

Y jugando a las cartas con su vecino, el hacendado de la caña de azúcar, le confió su remedio.

—Es excelente, dijo el otro; yo voy a imitarlos.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los Estados de América no estaban sometidos a la misma ley, los otros productores no aumentaron los precios y nuestros dos hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Hubieron de resignarse a vender al precio del mercado, como los otros, y se debatían los sesos para hallar otro remedio.

***

A su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia:

—Reduzcamos la alimentacion de nuestra gente.

—¡Eureka! gritò el vecino.

Los alimentos fueron reducidos. Se los redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fué malo: los negros, mal alimentados, se rendían y el trabajo se resentía de ello. De suerte que, si había una disminución de gastos, había también disminución de beneficios.

Se ensayó entonces persuadir a los negros que no se juntasen con sus compañeras, que no tuviesen hijos, hasta se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices — no teniendo otro placer, como decían—, querían, a pesar de todo, tener una mujer y tenían hijos, a pesar de todo.

La situación era siempre mala.

Y hasta se agravaba.—Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaban a murmurar y cruzaban por sus cerebros veleidades de rebeldía.

Los dos hacendados veían con terror aproximarse la hora de una insurreción. ¿Qué sucedería? ¿Serían los negros capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo había producido?

Era necesario a todo trance conjurar el peligro. Los dos hacendados se reunieron y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moka — con el café del uno y el azúcar del otro—, convinieron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecida su tranquilidad, se despidieron con un apretón de manos.

***

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar se habían apoderado de una faja de terreno que, según él declaraba, le pertenecía.

En seguida, envió una delegación de negros a requerir a su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

—Este es el caso, dijo en tono agrio el hacendado del café; vuestras cañas invaden mi terreno.

—Perdonad, replicó el otro no en tono menos acerbo; ese terreno me pertenece.

—Nunca; mirad donde están los jalones.

—Señor mío, los límites han sido cambiados y yo os acuso de haberlos trasladado para buscarme querella.

—Mis fieles amigos, dijo entonces el hacendado del café volviéndose a sus negros, yo os tomo por testigos del insulto que se me acaba de hacer.

—Y vosotros, mis buenos camaradas, dijo el otro hacendado a sus esclavos, yo os ruego que hagáis constar que los jalones han sido cambiados de lugar.

—Está bien, señor, replicó el insultado, tendréis que darme la razón bien pronto.

—No os temo, respondió con altivez el hacendado de las cañas.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las dos plantaciones, los esclavos—muy sobreexcitados por un vaso de ron, muy generosamente distribuido—no se hablaba más que de honor ofendido, de honor a vengar, de dignidad herida, etc...

—Hay que vengar al amo, decian.

—Estamos prestos a morir por el buen amo, encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido a dar un paseo a la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa, al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

***

A la mañana siguiente, el hacendado del café envió la delegación de sus negros a declarar la guerra a su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

—Sobre todo, mis fieles amigos, dijo, nada de concesiones. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.

—¡Oh! amo, quedar tranquilo, respondieron los buenos negros; nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado a sus buenos camaradas esclavos que no hiciesen concesiones y estuviesen muy firmes.

—¡Demostrad que sois hombres! declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este calificativo de hombres, ellos a quienes se acostumbraba tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal a sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron ¡bandidos! y ¡ladrones! y ¡ladrones; — fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia— y la guerra fué declarada.

***

Al día siguiente todo había terminado. En las dos plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse y sus cadáveres yacían junto a los de sus compañeros. Otras negras, arrodilladas sobre el campo de matanza, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor— el hacendado del café—una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba a su muchacho, muerto, a sus pies, y a su hombre herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

—¡Miserable! gritó la negra: tú haber matado mi hijo.

—Es una gran desgracia, dijo el amo con dulzura; pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

—Tú tener la victoria, nosotros no—replicó la vieja, con ira—; nosotros quedar esclavos, como antes.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declarò todavia el amo.

El viejo esclavo herido se levantó:

—Tú nos has burlado con tu honor, Tú ser un asesino.

—Sí, tú ser un asesino, repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros sois ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecéis la muerte de los traidores.

Tiró del revòlver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver de su hijo.

En seguida, los que habían asistido a esta escena, llenos a la vez de miedo y de admiración, cayeron de rodillas.

—¡Oh! amo, dijeron, ¡buen amo!

—Levantáos, les dijo éste. Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales a vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron, satisfechos de pertenecer a un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cantos de victoria y bebieron ron; después, al cabo de ocho días, emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

***

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de las cañas de azúcar condujo a los sobrevivientes negros al campo de batalla.

—Mirad, dijo señalándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas, a su vecino vencedor—; mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha sido en contra nuestra.

—Buen amo, declararon los negros, nosotros vengar un día nuestros camaradas muertos.

—Sí, amigos míos; tomaremos nuestra revancha cuando el momento sea propicio. Entre tanto, haced hermosos funerales a vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros sobrevivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar la revancha. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

***

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos vienen a ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros, o cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo, mientras juegan a las cartas, y con pretexto de la faja de terreno a defender o a reconquistar, o con pretexto de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también después de cada batalla, los dos hacendados, saborean lo una taza de excelente moka—con el café del uno y el azúcar del otro—se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

Magdalena Vernet.

EL CENTRAL «CONSUELO»

Fué aquello la explosión de un reguero de polvora. No hizo don Antonio, el capatáz de «batey», más que alzar la mano sobre el «narigonero», mozalvete que, «halando» de las narices de los bueyes, traía y llevaba las «fragatas» de caña a lo largo del conductor, y los peones de la «estera» se enderezaron, como un resorte desclavado. ¡Era ya lo inaudito! Le habian tolerado hasta los insultos, mas no los golpes, ¡por Cristo vivo!, los golpes no.

Arrojaron sobre los vagones las brazadas de caña, que debían comerse las siempre abiertas fauces de los cilindros moledores, y despreciando la griteria amenazadora y suplicante, todo a un tiempo, de los desconcertados mayorales, se desperdigaron por la casa de calderas, contagiando de su indignación a los obreros de los hornos quemadores de «bagazo» verde, a los fogoneros ennegrecidos por el carbón, a los ayudantes de mecánicos, a los trituradores de la masa cocida, a los chinos que cuidaban el vuelo vertiginoso de las «centrifugas», cedazos mágicos que extraen de la negruzca masa el grano de azúcar amarillo que es el oro de Cuba.

No valieron órdenes ni consejos de químicos y maquinistas. La prudencia de algunos tímidos abrió a toda prisa válvulas y escapes de calderas y tuberías. Fué todo. Entre los rabiosos rugidos del vapor saltando de sus jaulas y los derrames de «guarapo» hirviente, los siervos miserables de las máquinas creadoras abandonaron, coléricos, su presidio industrial.

Y ya en el batey, al resplandor magnífico de la luna cubana, estallaron todas las quejas, todos los ayes contenidos desde el comienzo de la zafra. La barbarie de los capataces era sólo el motivo de una huelga que tenía mil causas. La comida era inmunda bazofia—tasajo brujo, galleta en vez de pan, arroz seco, bacalao podrido,—buena a todo tirar para las negradas de antaño, no para hombres que se juzgan libres y han de sudarla en la mitad del día. Tampoco eran soportables las jornadas de trabajo, ¡doce mortales horas, repartidas en cuartos de a seis! ¡Imposible dormir más de cinco seguidas! ¡Y doce horas arrojando caña, asándose frente a los hornos, triturando con palancas de acero la masa endurecida o aguantando el calor irresistible que despiden los «tachos» cristalizadores de meladura y el fuego y el vapor y las tuberías y las máquinas, en aquellas volcánicas fraguas, levantadas bajo el sol de los tròpicos! Y la cuestión del personal, pues los patrones, para ahorrar jornales, suprimieron al comenzar la zafra más de 40 obreros, cuya tarea caía sobre los hombros de los demás. Y luego, ¡esa tienda, esa tienda que les pagaba tarde y mal, obligándoles así a surtirse de sus géneros, saldos averiados de los almacenes que vendía ganando el 6 por 1!

***

El principal recibió atentamente a los comisionados. Ante la imposibilidad de persuadirles con frases cariñosas y protestas vagas a que reanudaran definitivamente la molienda, propuso un armisticio. Para arreglar las cuestiones de personal, relevo de mayorales y horas de trabajo, iría aquella misma noche al pueblo y, de acuerdo con sus socios, buscaría solución armónica al conflicto. Por de pronto, se mejoraria la comida y empeñaba su formal promesa de ayudar a los trabajadores en las demandas de más peso. Y en pago de su buena voluntad rogaba a sus buenos hijos» que liquidaran la caña del batey y el guarapo y la meladura de la casa de calderas. Trato hecho. Volvieron a la brega los obreros y jamás ingenio alguno trabajó como el «Central Consuelo» en aquellos treinta y seis horas de liquidación inusitada.

Poleas, voladoras, engranajes, aceitados meticulosamente, resbalaban sin los rechinamientos del descuido; las calderas, con el fuego necesario en los hornos, fabricaban vapor suficiente, sin los desmayos de la impotencia ni los resoplidos del exceso; no se soltaba una correa, el jugo de la caña corría sin derrames por los cauces de madera, las mazas llenaban los tanques sin rebasar ninguno, los trituradores de la masa cocida limpiaban sus herramientas sobre «los mezcladores», cuidaba la chinería de las centrifugas de sacar en su punto los granos dorados, pesaban los envasadores los sacos en el fiel, y el quimico, un francés que sin éxito había ensayado todas sus alquimias para aumentar el rendimiento sacarino de la caña, preguntábase maravillado qué ingrediente era la satisfacción de los obreros, que mejoraba en tantos grados la cantidad y calidad del azúcar de aquella jornada.

Liquidados batey y casa de calderas, reuniéronse los huelguistas en los talleres de reparaciones. Venían limpios, en traje de fiesta y estaban contentos. La comida mejoraba, los capataces medían las palabras, el principal telefoneó desde el pueblo anunciando un arreglo y su llegada en el tren de la tarde. Todo presagiaba que iba a hacerse justicia a sus quejas.

¡Y era de ver la alegría del triunfo legítimo impresa en los rostros! ¡Y eran admirables chinos y criollos, negros y españoles bromeando juntos, en fraternal espíritu que borraba los odios de raza! Lo que el Zanjón no logró nunca, ni cien Zanjones más habrán de conseguirlo, lo alcanzaba, sin proponérselo, la comunidad de aspiraciones y esperanzas. La eterna enemiga del nacimiento desaparecía en un arranque de obrera solidaridad.

En el hondo silencio de las máquinas muertas armóse loca zambra. Lavanderas de africana sangre y operarios criollos bailaban la «muñeira» alrededor de la fragua llameante, entonaban los españoles décimas guajiras, los chinos diminutos danzaban, como gorilas, al son furioso de los tangos cubanos, trepaban por las ruedas inmóviles los más sensatos y daban el compás los odiosos martillos, repiqueteando sobre los yunques...

...Se oyó el galopar de un caballo. Y el jinete, obrero que, aprovechando la improvisada fiesta, hubo de visitar el pueblo, gritó sin desmontarse, la voz enronquecida por la cólera:

—¡La que nos espera! Nos han engañado... Hoy vendrá el amo, pero con 200 hombres que nos «botarán» a la calle y una compañía de soldados para zurrarnos si nos «reviramos».

No lo querían creer. ¡Era imposible! ¡Si tenían la palabra del amo! ¡Vamos, será una broma!... Y al cerciorarse de que hablaba en serio y al escuchar los nombres de algunos que vendrían a suplantarles, aquella multitud de pobres entusiastas soñadores se desplomó abatida. No era sino demasiado cierto. ¡Cuántos hambrientos se reunen para cada pedazo de pan negro! ¿Cómo luchar contra una gente que tiene todo el pan? Era la derrota definitiva. Y ahora a cargar sobre el hombro la hamaca y la ropa y a correr los caminos, de ingenio en ingenio, de poblado en poblado, ofreciendo la mercancía del trabajo, la más preciosa y la más despreciada, la que enriquece al señor que la compra, la que esclaviza al desgraciado que la vende.

Todo moría en aquel montón de humanos seres; entusiasmos, energía, voluntad. La angustia cerraba las bocas, quizás iban a surgir las disputas mezquinas por el salario. Pero Mamerta, la negra que hacía un minuto bailó española danza alrededor de la fragua, tuvo su inspiración. Agarró con las manos rojos tizones de carbón y los lanzó sobre un montón de serrín y de virutas.

—¡Valiente quien me siga! dijo. Siguieron diez segundos de vacilación; los diez segundos de las grandes resoluciones... y fué un delirio! Doscientos hombres, ebrios de venganza, endemoniados, locos, disputáronse las brasas de la nueva hoguera, hacinaron troncos y vigas arrancadas a martillazos y se desparramaron furiosamente por la casa de calderas, llevando el incendio de los montones de madera a los barriles de aceite y de pinturas, de los talleres a las viviendas.

Cuando la fábrica soberbia es pasto de las llamas purificadoras, la jauría de siervos, ennoblecidos por la «revuelta», se esparce por los cañaverales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja rociada de petróleo.

...Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarrayas y linderos, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbatos de cien ingenios llaman en horrísono gemido a los hombres amantes de su hacienda y divísase a lo lejos el tren que conduce a los descalzos rompehuelgas y a los soldados guardadores del orden, del poderoso «Central Consuelo», amasijo de tantos sudores, no quedan más que cenizas y escombros en la tierra y en el cielo nubes de humo que se disuelven y disipan.

...Y allá en el paradero, Mamerta la negra, quemadas las ropas e hinchado el pellejo, baila macabra danza a los dueños que se apean, consternados, e increpa aullando a los obreros harapos:

—¡Cochinos! ¡Esclavos!

Y señalándoles los rescoldos humeantes:

—¡Alquilones! ¡Allí tenéis trabajo!

Ramiro de Maeztu.

Números extraordinarios

Como una confirmación del despertar proletario que se viene palpando desde un tiempo a esta parte, han aparecido con motivo del 1º de Mayo, los siguientes periódicos gremiales: —mencionamos únicamente los que han llegado hasta esta redacción:

«La Organización Obrera», órgano de la F. O. R. A., del cual se han tirado 17.000 ejemplares, repartidos en la capital y en el interior; «El Látigo del Carrero», «El Obrero Calderero», que dedica un elogioso artículo a LA PROTESTA diario; «El Obrero Carpintero», «El Obrero Panadero», «El Obrero del Puerto», «La Unión del Marino» y «El Obrero Fideero».

Elogiar por separado a cada uno de estos voceros del proletariado organizado fuera obra inútil, ya que todos vienen igualmente bien presentados y repletos de material adecuado a los fines que persiguen.

Baste con decir que todos ellos proceden de gremios adheridos a la F. O. R. A. y que todos la defienden con el calor a que aquella institución se ha hecho acreedora.

Nuestro saludo a los paladines obreros.

Un artículo de Kropotkine de hace 30 años de actualidad todavía

«Poco a poco, y con la ayuda de las circunstancias, se ha encontrado otra táctica más profundamente maquiavélica y eficaz, consistente en poner en duda todas las conquistas de la democracia, que creiamos todos, hace veinte y cinco años, aseguradas para siempre para las naciones civilizadas, y en agruparse alrededor de los viejos conceptos de religión y autoridad, que se creian ya sumidos en eterno olvido.

«No ha sido un congreso europeo, ni un salvador de la burguesía, los iniciadores de esta táctica: es más, su programa ni siquiera se ha formulado; pero, obsèrvese la Europa entera, y se verá que se la ha aplicado con una unanimidad notable.

«En las conversaciones de sobremesa, en las tertulias de los salones a la moda, en las palabras que se cambian en los vagones de primera, a propósito de los sucesos corrientes, se decretó el espíritu del programa, el cual, sancionado tácitamente, y sin responsabilidad directa de nadie, fué puesto en práctica de una manera eficaz y segura.

«Apenas si Roma y sus jesuitas, si las iglesias protestante y rusa, lo mismo que las damas de la aristocracia inglesa, han servido de intermediarios. Se comprendieron guiñándose, como cuando dos burgueses se ponen de acuerdo para engañar a un tercero, y se obró en consecuencia.

«El libre pensamiento, la crítica científica y materialista, la instrucción laica, las libertades políticas, las instituciones republicanas y hasta municipales, el derecho a la vida de las pequeñas naciones, la autonomia local, el principio federativo, todo aquello que parecía cierto, demostrado, incontestable desde el año 1848, todo, punto por punto, se ha puesto en duda en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en ambas penínsulas, en los Estados Unidos, en América, en todo el mundo....

«Por otra parte, todo lo que se creía bien muerto y enterrado, la religión, la superstición, el espiritismo y la magia; el realismo, el imperialismo y hasta el absolutismo; la dictadura y el cesarismo, la inquisición y demás antiguallas, cuyas apolilladas banderas habían ya caido a pedazos, y parecía imposible sacarlas a la calle sin cubrirse de ridículo, todo eso se proclama y propaga hoy, pública y desvergonzadamente, y sirve de símbolo de concordia entre los privilegiados, y de programa de órden, que servirá en su dia de pretexto para ametrallar a los trabajadores revolucionarios que se dispongan a conquistar sus pisoteados derechos.

«Y el revolucionarismo, que hubiera debido trabajar para la constitución de un inmenso movimiento obrero, dispuesto a dar el asalto al reino burgués, se ve obligado a entretenerse a cada instante corriendo a la defensa de lo que creíamos adquirido para siempre por la humanidad, unas veces armándose de palos y revólvers para salir al paso a los curas, a los jesuitas, a los antisemitas, a los antidreyfusistas, a los realistas y a los gobiernos, otras para arrancar a sus hermanos de las torturas inquisitoriales y hacerles menos triste y amarga la desdicha del destierro.

«Véase sino de qué asuntos se ocupa Europa hace ya 30 años. ¿La Internacional Obrera? ¿La huelga general, sin detenerse en las fronteras? ¿De una nueva Comune de Paris o de otro cantón de Cartagena? ¿De una guerra social cualquiera?

«Nada de eso. Ha sido preciso correr a lo más urgente: aquí, a impedir que un Boulanger se convirtiese en César de Francia; allá, a impedir la demolición del Concejo Municipal de Londres, que manifestaba veleidades socialistas; acullá, a arrancar a los compañeros de las torturas jesuíticas; protestar contra la destrucción de la independencia del Transvaal o de la Finlandia; defender el espíritu democrático de la

calle de Paris contra la invasión de los señoritos gomosos; impedir la restauración de la monarquía, del absolutismo y de los curas triunfantes; defender el derecho de pensar, de hablar y de escribir; alarmarse de que la escuela laica caiga en manos de los jesuitas; luchar contra el oscurantismo, que apagaluces enristre, se implanta en las universidades, la prensa y las reuniones; defender el derecho de coalición, o llegar al extremo de constituirse en Londres en comités armados de garrotes, para tener el derecho de decir algunas palabras en un mitin contra los explotadores sanguinarios Rhodes y Chamberlain...

«Y esto en todas partes: en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en España, en Italia...

«Poner en duda todas las conquistas de la democracia; agruparse alrededor de las abandonadas antiguallas, tal es la gran conspiración burguesa, tanto más peligrosa cuanto es tácita, que su centro está en todas partes, que carece de jefe y de comités, que lo es cada burgués sin necesidad de ostentar su tarjeta de afiliación.»

Educación y emancipación

La caída del actual régimen económico político sólo será posible por medio de la fuerza, puesto que sobre ella principalmente se asienta. Pero la implantación de un régimen social de absoluta igualdad en la libertad y solidaridad humana, en sustitución del actual régimen de privilegio y egoismo, implica en las instituciones una transformación que no será posible sin ir acompañada por igual transformación de los individuos que componen la humanidad; y esto no se puede conseguir por la fuerza sino con la persuación y la capacitación.

Quedarían libres los carneros si desapareciesen los pastores y quedarían libres los perros si sus dueños los echaran; pero son èstas eventualidades de improbable realización, pues mientras el hombre crea conveniente aprovechar la lana y la carne de los ovinos y los servicios de los perros, ni abandonará a los unos ni echará a los otros. Y el día en que ya no los necesiten en lugar de dejarlos libres los matarán. Luego pues los carneros, los perros y los demás animales no es probable que lleguen nunca a ser libres debido a su manifiesta inferioridad con respecto al hombre.

Pero, para el hombre libertarse de la tiranía y explotación del hombre, no existen las mismas dificultades. Alto o bajo, bonito o feo, grueso o delgado, negro o blanco el ser humano tiene siempre, con pequeñas diferencias individuales, la misma conformación física. Las dos grandes castas en que se divide actualmente la humanidad, (los explotadores y los explotados) no se basan sobre una diferencia de conformación sino sobre la posesión del dinero. Fulano tiene plata, pues bien, aunque sea el más despreciable de los hombres, es el honorable don Fulano. Mengano no tiene plata: pues bien, aunque sea el mejor de los hombres es un manya-caña.

De esto se deduce que bastaría la desapación de esas desigualdades económicas, junto con las instituciones que las producen y afianzan, para que todos los hombres fuéramos iguales.—Luego pues—dicen algunos compañeros—hagamos la revolución social y se habrá acabado con el privilegio y con todos los males que lo acompañan.

Bueno fuera, pero ¿es ahora posible? Creo que no.

En efecto: un carnero extraviado será recogido por su dueño o por otro hombre, un perro echado por su amo se buscará otro y los hombres-perros y los hombres-carneros que son muchos, harán lo propio el día que se les libre del amo actual.

Y mientras haya seres humanos, amigos de obedecer a otros, o que no crean posible vivir sin una autoridad que dirija sus actos o propensos a imponer su voluntad a otros, la implantación de un régimen social, de libres y hermanos, no será posible ni si los amos actuales resolvieran un buen día dejar de serlo y se retiraran.

Pero ellos no harán esto si no les obliga a hacerlo la acción del proletariado emancipador.

Y el proletariado sólo será emancipador cuando el mismo se haya emancipado de los prejuicios que entenebran sus cerebros, y sólo podrá vencer a sus poderosos enemigos, los burgueses, cuando llegue a ser el más fuerte, cuando éstos sólo cuenten para su defensa con la posesión de la riqueza. Ahora la burguesía cuenta también con la inteligencia.

No es que los burgueses tengan por herencia orgánica el cerebro mejor conformado, como algunos de ellos pretenden contra la evidencia de los hechos; pero la riqueza les permite a los burgueses tomar a sueldo a los proletarios que por mérito propio consigan llegar a cierto nivel intelectual. De modo que los ricos son burgueses porque son ricos, y los técnicos e intelectuales aunque sean asalariados y no tengan en donde caerse muertos, se consideran también burgueses porque aspiran a serlo y esperan conseguirlo.

Si frente a esta coalición burocrático-burguesa, estuviera de pie el proletariado unido en una común aspiración igualitaria, éste podría primeramente imponer condiciones, ya que el proletariado es necesario para la burguesía y la burguesía no lo es para el proletariado, y por último llegaría a su emancipación total.

Pero las circunstanciae son muy distintas.

El egoísmo, que es la característica principal de los burgueses, los distancia unos de otros con las rivalidades y enconos que produce, pero en una cosa están unidos: en su desprecio hacia el pobre. El proletariado, en cambio, está todo lo más desunido que pueda estar, a pesar de la comunidad de intereses que debiera de unir en un solo haz a todos sus componentes.

Entre los proletarios los hay todavía en gran número que no se han desengañado todavía y aún esperan llegar a ser burgueses algún dìa y los hay que por las migajas que con insultante desprecio les arrojan los burgueses, prefieren estar al servicio de éstos oficiando de verdugos en lugar de formar con sus compañeros de desdichas.

El proletariado está desunido y además el nivel moral de los inconcientes es más bajo aún que el de los burgueses, con ser el de estos tan bajo, y su nivel intelectual está a mil leguas más abajo todavía.

Hoy por hoy el proletariado no es capaz de emanciparse materialmente, porque está muy lejos de estar emancipado moral e intelectualmente. Pero este estado de inferioridad no es definitivo, como algunos escritores burgueses pretenden, sino que es transitorio.

Es muy probable que las predicciones pseudo-científicas de los señores H. Nicéforo y Cía., no se cumplirán nunca. El proletariado no será reducido nunca a la condición a que algunos quisieran reducirlo, esto es a la condición de animal doméstico contento de su suerte al servicio del burguès.

El proletariado no estará nunca enteramente formado por los hombres-perros ni hombres carneros, aunque muchos sean tales ahora. Y no lo será por varios motivos.

Al señor Nicéforo se le olvidó que la principal preocupación de los burgueses, después de la codicia y la ambición, es la lujuria que los lleva a intentar la conquista de las mujeres del pueblo, bonitas o simplemente simpáticas. Este señor quizá ignore que algunas burguesas dejadas a media ración por un marido impotente, exhausto u ocupado en otra parte, se entregan a proletarios robustos y pletóricos de fuerzas por no tener en donde desperdiciarlas. Y en ambos casos los burgueses mezclan con nuestra sangre roja su preciosa sangre azul podrida.

Sucede además aunque raramente, que el pobre enriquece, y sucede que, con más frecuencia que el rico, se arruina; y en uno y otro caso y por otras circunstancias también entre las dos clases se realiza una contínua mezcla que bastaria para impedir que se formaran dos especies distintas de hombres.

Pero el obstáculo mayor a la realización de tan infame aspiración estriba en la tendencia progresiva innata en la mayoría de los hombres y en la existencia de un núcleo de hombres, pocos en número y desunidos, pero enemigos de todo envilecimiento humano y con aspiraciones redentoras.

Pero estas aspiraciones quedarán siempre como tales si no procuramos el nivel moral e intelectual del proletariado por medio de la cultura popular, auspiciando y apoyando cuantas instituciones tengan este fin, como por ejemplo: la Liga Pro Educación Racionalista cuyo programa actual es digno de ser conocido.

Propaganda y cultura, compañeros!

Un Obrero Estudioso

Un Primero de Mayo en la cárcel

(CUENTO)

Era el día del pueblo. El día magno de las muchedumbres: encendido en un dolor y una esperanza. Estaba tibio. Por el ventanujo abierto en lo alto de la celda penetraba un chorro exíguo de luz. El cielo, visto por aquel boquete, era azul; un azul amoroso, hialino, que parecía llamar. El sol reía afuera; adentro sollozaban las sombras. Como una conciencia, como un ansia, abríanse los ojos a esa luz, a ese sol que desgranaba sus haces de vida afuera: semejando una cosecha robada, semejando una libertad perdida. Era el día magno de las muchedumbres flacas y rotas.

Los presos ocupábanse de los quehaceres ordinarios dentro de las celdas sórdidas. La confección de policromos tejidos, de grotescas acuarelas, les absorvía el tiempo triste. En el alma fija la visión del mundo perdido, caricaturaba en los rostros nostalgias desgarrantes. Los ojos se les velaban en la ojera de los insomnios y la boca se les iba en el rictus displicente de los desengaños. Ignoraban estar en el día de las muchedumbres flacas y rotas.

—Yo creo que hoy salen los muchachos. Hace ya un mes que están en el calabozo.

Uno protestó:

—¿Un mes? ¡Canallas! Cuando un hombre les dice ta verdad se vengan asi. ¡Merecerían!

—No contentos con hundirnos por tantos años en la cárcel, todavia nos maltratan.

El viejo, el «tata» de la celda habló:

—Hijos, no se cimbren. El hombre se acostumbra a los rigores. No pidan agua. Ocho añes hace que estoy aquí ¡y si habré visto injusticias! Me han perdonado la vida por pura maldad, hijos. ¿Y qué he hecho yo? Ustedes lo saben: lo han hecho ustedes también, aunque tal vez no tan fiero como yo: la bebida, el cuchillo.... Pero, ¡si eso es permitido en el país! ¿Cuál es el criollo a quièn no le gusta? Pero ellos no quieren saber nada: son cajetillas, son maricas, que de puro maulas se vengan así en nosotros, hijitos.

—Dicen que es para corregirnos.

—No seas chambón.... Es para matarnos, sabés. Aquí nadie se corrige. Al contrario: fijate en est ; antes me gustaba ver cosas fieras cuando estaba enchispado solamente, pero ahora.... Los ojos se me están quedando ciegos, y yo porfío de alma por seguir no más. No le tengo lástima a nadie y me gusta ver lo malo....Me gusta como antes me gustaba ver lo bueno. Yo creo que me han cambiado el corazón; este que tengo ahora parece retobado en cuero de zorrino: ni las balas le dentran. Y ya verán ustedes también como pronto se les muere el sentimiento Se los dice un jaca. Pasen un pucho para seguir...

El guardían se paro frente a la puerta, escudriñante, hosco. El viejo se dió vuelta.

—No les digol..

Una onda de desaliento llenando el recinto parecía azotar las caras.

—

Bajo el azul amoroso del cielo efectuábase la operación, como bajo la capa de un gigante mudo. Eran los dos revoltosos, dos personificaciones de las muchedumbres flacas, que estaban en su día: la una autóctona, la otra migratoria. Parecía un abrazo del pasado y el presente, un beso de occidente y oriente, la contextura inicial de una obra énea. El ejemplar oriundo se cuadró frente al herrero—un hombrecillo astroso que se estremecía en el martillazo — con el gesto despreciativo y arrogante de la indomacia. Era un atleta. Esos brazos decían haber volcado el arado, esas piernas haber oprimido el potro, esa cabeza haber pensado en dichas posibles, ese corazón.... de seguro había amado.

¡Pónganle cascabeles al gato!

Y ofreció sus pies a la barra de grillos. Los anillos fueron fijados sobre el tobillo. El macho pasó por los ojos expresos del hierro, chocó el extremo cabezado con la primer entrada, y quedó como un arco trágico de violin asentado sobre las cuerdas de los garrones. El herrero introdujo la cuña, remachó... Cruzado de brazos el atleta miraba el espacio. Dijérase ser ageno a la bárbara forja. Tenía los labios lívidos.

El otro... Era un hombre triste. Era un hombre que parecía llevar una luz y un dolor en la frente.

—Oye — le dijo muy quedo mientras el obrero fijaba las anillas — hermano, no me quejo de que cumplas un oficio indigno, yo no te increpo. Pero oyme: hay algo en el corazón del siglo, hay un germen fecundando la materia, una luz en las tinieblas de la vida, hermano, que pugnan por nuestra redención. Que claman un abrazo de todos los que sufren. Veo que la opresión pasa sobre tí como una borrasca de muerte. Te veo triste, te veo deshecho, te veo incondicional. Has venido a ejecutar un acto que tal vez repugna a tus sentimientos y no has podido eludirte. Lo sé. Va en ello el pan de tus hijos. Sos desgraciado a lo último. Día a día te hacen beber la hiel de la existencia. ¿Pero no has salvado del naufragio un átomo de conciencia siquiera? Oyeme bien: hombres como vos han levantado esta cárcel: hombres como vos han forjado sus rejas; hombres como vos velan con el fusil prontos a matar ¿Y no ves claro aún? Hombres como vos la habitan. Tus hijos vendrán a ella. Los hijos de tus hijos. Es la maldición eterna pesando sobre todos los parias, sobre todos los esclavos del trabajo. Os estais construyendo vuestros prpios sepulcros—¡os estáis remachando vuestras propias cadenas. ¿Y permaneceras sordo, hermano, a la luz del siglo, a la voz de fraternidad que clama, que llora por nuestra unión?

El hombrecillo ruin sacudió la cabeza sin levantar los ojos. El macho había asegurado las anillas. La mano del ejecutor temblaba. Empuñó el martillo.

—Hoy es el día del proletariado. ¿Es posible que no lo sepas tampoco? Hoy es nuestro día. Los que sufrimos en este día sentimos el corazón ensancharse de esperanza. Las manos buscan las manos...

El primer martillazo cayó tembloroso.

—Estás traicionando un Ideal que debía estar incrustado en tu cerebro y en tu corazón. Tus hijos te reconvendrán...

Otro martillazo sonó más ambiguo aún.

—En un día como este han de caer las cadenas de la Humanidad. .

El martillo caó fijo, con rabia.

—¡Y vos me las estás remachando! ¡Oh víctima!...

El martilleo se hizo ininterrumpible. Como un lúgubre repique de campanas. El hombre triste hablaa todavía. Sin tomar aliento. Convincente acariciante.

—¡Feliz yo si he podido levantar con mi pobre voz de galeote un eco en tu corazón, hermano! ¡Feliz si las verdades que te he sugerido se levantan en tí como una alborada de amor, claras y puras! Feliz si el recuerdo que en esta mañana llevas de mí, repercute como una bendición, como una semilla de libertad en la enseñanza de tus hijos! No olvides... Bien sabes que no te recrimino. Sólo te pido que pienses...

El hombrecillo recogía apresuradamente sus herramientas y abandonaba el sitio. Iba veloz; atrito.

—Maestro; toma tu paga.

—No; no la quiero.

Y corrió por la calle como un ladrón escapado. Le pareció que el sol lo escupía.

—

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Los presos agrupábanse en la galería de acceso. Oíase el ludir de hierros, acompasados, rítmicos, como un chairar de cuchillos.

—¡Qué música!

Los dos presos habían enfilado la puerta rejada, soberbio el atleta y digno el otro, a pasitos cortos, como infantuelos probando a caminar por sí. El macho, terrible arco, corría por los ojos sonarosos hacia la izquierda, chirriando, al adelantar el mismo pie, o viceversa, chocando ya con el cabezal, ya con el remache, sobre el soporte de las anillas. ¡Qué música! Parecía rasguear sobre los nervios, herir el corazón, apretar la garganta.

—¡Pobrecitos!

Sonaron algunos anatemas, cortantes, en el silencio de la consternación y de la ira; flameando en el espacio estrecho de la bóveda. Se oyó la voz del guardián, con su imperiosa entonación.

—¡Adentro de las celdas! ¡Pasen adentro!

No hicieron caso. Una racha de indignación amenazaba incendio. Tomaban las manos de los mortificados. Les hablaban. Los rostros tenían palideces nerviosas, las bocas se entreabrían ávidas. Algunos corrieron a ocultarse en los rincones solitarios.

—¡Pobres!

—¡Hermanos!

El hombre triste se conmovia:

—Hoy es el día primero de Mayo, compañeros...—la voz sonó a enigma.

—¡Adentro! ¡Adentro o cierro las puertas —sacó el silbato. Apareció el celador. El apóstrofe fluyó entonces, quemante, en la protesta del sentimiento humano condenado a morir por la coparticipación moral de aquel espectáculo inicuo.

—¡Verdugos! ¡Verdugos.

Enhiesta sobre un banco se destacó una figura: dominando las cabezas con la suya blanca:

—Se han de acostumbrar, hijitos. No se cimbren; parecen cañas!...

Albino Dardo López.

Cárcel de San Nicolás

Fundamento de la idea anarquista

EXPOSICION

1o. Las religiones son hipótesis sobre la creación del mundo y la existencia de los hombres.

Esas hipótesis han sido declaradas absurdas por la conciencia y comprobada su inexactitad por la ciencia.

Las religiones son innecesarias para el desenvolvimiento del hombre.

Las religiones han servido para que unos hombres engañen y exploten—y hasta torturen y maten—a otros hombres.

Por eso los anarquistas somos irreligiosos.

2o. El trabajo en sus dos formas, manual e intelectual, es el creador de todo cuanto existe.

La apropiación que los que no producen nada, nada—propietarios, capitalistas, políticos, sacerdotes, militares, etc.—hacen de la mayor parte del producto de los obreros del músculo, es una iniquidad, una injusticia, un robo.

El capital es trabajo acumulado, mejor dicho, es trabajo no retribuido a los productores de ayer, de hoy y de siempre.

Los anarquistas protestamos contra esa explotación inicua y aspiramos a un régimen social en el cual no haya explotadores ni explotados y en el que sea reintegrada a la humanidad la riqueza de origen social que colectivamente detentan los llamados capitalistas.

3o. El gobierno es un organismo improductivo, que consume y no crea nada, y cuya única misión consiste en asegurar el privilegio de los capitalistas de explotar a los productores.

Así, manteniendo ese privilegio se aprovecha él igualmente de los beneficios de la producción, haciendo más angustiosa aún la vida de los productores.

Por ser, pues, inútil para el florecimiento de la vida, en sus fases material, moral, intelectual y artística, somos los anarquistas enemigos del gobierno, al par que por servir únicamente para mantener la explotación capitalista.

4o. Siendo la política un semillero de ambiciones y no aspirando los políticos a otra cosa que no sea sustituirse unos a otros en los empleos públicos, recurriendo para ello a todos los recursos, hasta los más innobles y brutales, los anarquistas nos declaramos antipolíticos.

5o. La ley no impide los delitos: éstos se producen a pesar de ella, y cuando la ley no es eludida hábilmente por la fuga del delincuente o por la venalidad de policías, jueces, carceleros y gobernantes, tan sólo sirve para castigar ferozmente a los llamados criminales.

Convencidos de que las leyes sólo tienden a favorecer el privilegio de los parásitos sociales—políticos, gobernantes, capitalistas, curas, etc.—y de que ellas no impiden la delincuencia, y convencidos de que el delito tiene sus causas en la miseria y escasa ilustración del pueblo y en factores de orden fisiológico que la ley es incapaz de modificar, los anarquistas nos declaramos adversarios de toda legislación.

6o. La patria es una creación arbitraria de los gobernantes.

El hombre no elije el punto de su nacimiento y ló mismo crece en las heladas regiones de la Groenlandia que en las tórridas del Ecuador. La división de la Tierra en nacionalidades no responde a ningún fin práctico y crea en cambio un valor moral que es perfectamente inmoral.

El nacer aquí o más allá, no es una razón para odiar y considerarse enemigo del que nació en otro punto, así como tampoco es una razón para amar a los hombres que han nacido en la misma región y que a lo mejor nos pueden ser más antipáticos y perjudiciales que los nacidos a centenares de leguas de distancia.

No tenemos motivo alguno para aborrecer a los japoneses, y en cambio lo tenemos muy grande para odiar al gobernante de nuestro país que nos oprime y al patrón que nos explota.

No respondiendo a nada necesario, práctico y útil la división del mundo en patrias, y siendo, al revés, causa de conflictos, guerras y semillero de odios, los anarquistas proclamamos la abolición de las patrias, para que los hombres todos se consideren como lo que son: miembros de una misma especie, cuya nación es la Tierra.

SINTESIS

Los anarquistas queremos una sociedad en que cada hombre se gobierne a sí mismo y en la que los medios de producción estén al alcance de todos los hombres.

Anarquía es la vida libre sin que política, moral ni económicamente un hombre predomine sobre otro.

Huelga General de Rosario

La Federacion O. Rosarina en pie

Obrero muerto por la policía

Manifiesto de la F. O. R. A.

¡Solidaridad trabajadores!

Rosario, la segunda ciudad de la república, hasta el momento en que escribimos estas líneas, se siente convulsionada por uno de los más hermosos movimientos de solidaridad que se registran en los anales del proletariado argentino.

La huelga general, el arma más segura y eficáz a que puede recurrir la clase obrera ha sido usada por el proletariado rosarino con toda valentía en favor de las reivindicaciones del gremio de obreros tranvieros.

Por las noticias de la prensa diaria, los trabajadores de la capital y de las ciudades del interior podrán darse cuenta de la magnitud de los sucesos y de la necesidad urgente de llevarles nuestra cooperación moral y efectiva si es necesario.

—

El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de una masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primer sableadura por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Balsán, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

F. O. R. A.

A los trabajadores de la Capital

Camaradas:

El Consejo Federal de la F. O. R. A., cumple con el deber de llamar la atención del proletariado de la Capital sobre el movimiento que vienen sosteniendo los trabajadores del Rosario.

La compañía de tranvías causante de esta huelga, cuyos detalles todos conocen, sigue empecinada en no querer acceder al petitorio de sus explotados, y por consiguiente la ayuda moral y efectiva prestada por los gremios de la Federación Local Rosarina sigue manteniéndose con todos los sacrificios que comporta necesariamente.

Un estado tal de cosas no puede mantenerse y es necesario por consiguiente que nos aboquemos a los acontecimientos y tratemos de resolver los problemas que ellos implican de una manera enérgica y decidida. El momento es de acción y no de expectativa. Cualquier vacilación de parte nuestra podría hacernos aparecer como cobardes o faltos de conciencia revolucionaria.

Urge, pues, que prestemos nuestra inmediata solidaridad a los hermanos del Rosario que ya ayer habrán sabido soportar el ataque brutal de la policía defensora del capitalismo.

Los aprestos bélicos del gobierno hacen temer que se produzcan nuevas víctimas obreras. Las cárceles están repletas de presos, entre los cuales se encuentra el delegado de esta institución.

Los delegados reunidos anoche, han resuelto llamar a sus respectivos gremios en el momento preciso; pero si los hechos se anticipan a nuestras previsiones es necesario que estemos preparados para todo lo que pueda ocurrir.

¡Alerta, pues, trabajadores!

¡Vivan los trabajadores del Rosario!

¡Viva la huelga general de solidaridad!

El Consejo Federal

—

A última hora se nos comunica que uno de los obreros heridos en la carga del lunes por los esbirros armados, ha fallecido. Ya lo saben los trabajadores.

En el número ordinario del domingo daremos una crónica detallada de todos los sucesos.

Este número está cerrado el martes